

KABALÁH

Cuentos para el despertar del alma

**Cuentos, historias y parábolas místicas
del tesoro de la KABALÁH**

(Recopilación)

Zafir

(Carlos Scagliotti)

(Noviembre 2002)

INDICE

I – Los ciclos de la Vida

II – El espejo

III – Un banquete es un banquete

IV – ¿ Mi casa es un infierno?

V – ¿ Soy perfecto?

VI – El círculo del 99

VII – El árbol de los problemas

VIII – La liebre y el tigre

IX – El buscador

X – Veremos...

XI – El anillo

XII – Las 3 rejas

XIII – Conferencia iluminada

XIV – Reflejo de la vida

XV – Los 37 clavos

XVI – El otro lado

XVII – El diamante perdido

XVIII – Sustento Divino

XIX – Contra el orgullo

XX – Moisés y las letras

XXI – El signo

INTRODUCCION

Desde tiempos remotos, el hombre sintió la necesidad de comunicarse con sus semejantes, y dejar a las futuras generaciones sus costumbres y creencias. Al no haber otro medio disponible en ese momento, lo hizo en forma oral. Así se fue conociendo su historia, de boca en boca.

Casi en todas las comunidades era costumbre que alguien, generalmente de edad avanzada y muy sabio, relatara junto al fuego historias de vida a los mas pequeños. Los relatos eran en forma de cuento o parábola, y estos se tornaron de vital importancia para la humanidad, ya que ese fue el medio utilizado por todos los grandes maestros para transmitir sus enseñanzas.

A nivel popular, el cuento es una de las formas mas antiguas de literatura. Esta presente en todas las culturas y en él se tratan un sinnúmero de temas y motivos. “Las mil y una noches”, y los cuentos de Perrault, Andersen, y los hermanos Grimm, son ejemplos clásicos que tratan temas tradicionales antiquísimos. Comprende a muy diversas manifestaciones literarias de la antigüedad, como la historia de Sinuhé¹ en la literatura egipcia, ó la de Ruth² en el Antiguo Testamento.

Todas las sabidurías milenarias que hoy conocemos, han llegado a nosotros, en un principio, gracias a relatos, cuentos y parábolas. Historias contadas, en algún momento, por alguien a otros y por otros a alguien, tejiendo así la infinita trama de la que hoy, felizmente, formamos parte.

En algún lugar del mundo un hombre cuenta un cuento sobre un hombre que, en algún lugar del mundo cuenta un cuento sobre un hombre que, en algún lugar del mundo cuenta un cuento sobre...

Nada tiene principio.

Nada tiene fin.

Todo es continuación de todo.

Con respecto a la Kabaláh, y ya en la era moderna, los maestros jasídicos dieron un vuelco relevante a la divulgación de esta enseñanza.

Uno de los aspectos mas importantes del movimiento jasídico lo constituye la serie de historias que los jasidim³ se cuentan unos a otros acerca de sus líderes, los tzadikim⁴. Estas historias no estaban constituidas solo por meras palabras, sino que relataban cosas que sucedieron en presencia de los mismos jasidim, cosas que vieron con sus propios ojos, y por ello transmitieron lo ocurrido con un realismo tal que las palabras se transformaron en acontecimientos.

¹ Novela egipcia escrita en el imperio nuevo (200 A.C.). Está considerada como la obra mas representativa de la narrativa egipcia antigua. Relata la historia de un cortesano de la XII dinastía que, envuelto involuntariamente en intrigas de palacio, debe huir a Siria.

² Mujer moabita, viuda de un israelita, que enamoró en Belén a un hombre rico llamado Booz, quien se casó con ella y tuvieron un hijo que fue abuelo de David.

³ Miembros de las comunidades jasídicas, “Los devotos”, también “Los que mantuvieron la fe en el pacto”

⁴ Hombres sabios, “Aquellos que resistieron la prueba”, usualmente “Los justos”. Se dice que un tzadikim hace lo justo en el momento justo.

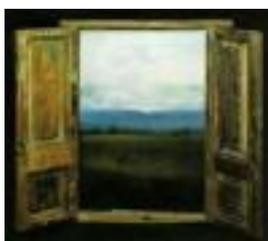
Una creencia jasídica cuenta que la Luz de Dios se derramó sobre los tzadikim, luego siguió presente en sus obras y de allí pasó a las palabras con las que los jasidim las relatan. El relato jasídico lleva consigo la misma fuerza y poder que tuvieron los hechos que se aluden en la historia relatada y que a través de la palabra se mantiene activo de generación en generación.

Fue a mediados del siglo XVIII cuando la mística judía recibió una nueva orientación. Esto sucedió gracias a la obra de Israel Ben Eliézer, llamado el Baal Shem Tov (“Señor del buen nombre”), comúnmente conocido como el Besht. Dio especial relieve a la dimensión psicológica de la kabaláh. Uno de los elementos revolucionarios que el Besht introdujo fue la inclusión del símbolo místico de la kabaláh en la vida cotidiana. De este modo logro vincularse, como maestro y guía, tanto en la elite intelectual como en el campesino analfabeto, haciéndole conocer el significado existencial de los símbolos de la Kabaláh clásica.

El método que usó fue el del relato o la parábola, que además de aportar datos concretos, también dejaba abierta la posibilidad de poder formar alguna imagen kabalista relacionada con el relato.

El jasidismo posterior uso el relato como una de sus principales herramientas de instrucción. Mas adelante el raví Najman de Bratslav, bisnieto del Besht, desarrollo una forma singular de kabaláh. Utilizó el cuento alegorizado como medio para enseñar sus ideas teosóficas. Como es de suponer tuvo sus detractores, pero Raví Najman solía decir que no es verdad, como generalmente se supone, que las narraciones ayuden a que la gente se duerma, sino al contrario, las narraciones o cuentos hacen que la gente comprenda las realidades más profundas de la existencia y, a causa de ello, despierte.

Las leyendas jasídicas se transmitieron, como ya mencionamos, oralmente durante muchas generaciones. Los jasidim no pudieron darle forma literaria a sus relatos, y tampoco lograron adaptarlos totalmente al estilo popular, simplemente describían un acontecimiento, y esto carecía de toda estructura literaria. Debido a ello estos relatos no tuvieron nunca un alcance masivo. Recién a principios del siglo XX es cuando se inicia una compilación y una crítica selección de estas historias. Algunas de ellas son las que se describen a continuación. Que las disfrutes.



I - LOS CICLOS DE LA VIDA

Una vez vivió un hombre rico cuya subsistencia provenía del comercio. Éste compraba mercadería en fábricas, en grandes cantidades, y luego vendía los objetos a particulares; y de eso había enriquecido. En aquellos días, se solía pagar en efectivo, y no me refiero a billetes bancarios. Por eso, cuando el hombre iba a comprar la mercadería, acostumbraba viajar con una pequeña alcancía llena de oro y plata.

Cierta vez ocurrió que el comerciante, junto a su socio y un amigo, salieron a la travesía de compras y, como siempre, llevó con él su alcancía, con el oro y la plata en su interior y comenzaron el viaje. A mitad del camino, debieron atravesar un gran bosque, en el que pararon a descansar ya que era un lugar bello y tranquilo. El comerciante colocó la alcancía debajo de su cabeza y se durmió. Transcurridas varias horas de descanso, como así lo requería la agotadora y larga travesía, despertaron. El comerciante colocó nuevamente todas sus pertenencias en el carruaje y continuaron, rápidamente, su travesía. Mas, debido a su apuro, olvidaron la alcancía con el oro y la plata. Pasadas varias semanas de viaje llegaron finalmente a destino: al lugar donde compraban los objetos para revenderlos. Cuando el comerciante se dispuso a adquirir toda la mercadería y a pagar por ella, se dio cuenta que le faltaba la alcancía. Seguro de que se la habían usurpado, le avisó con pesar a todos los vendedores, a quienes compraba la mercadería que, en esta oportunidad, ello iba a ser imposible y que cancelaba el pedido.

Fue así, que viajó de regreso a su casa con las manos vacías. Cuando llegaron al mismo lugar en el cual habían parado a la ida, decidieron hacerlo también esta vez y, para su sorpresa, vieron que la alcancía que había desaparecido estaba allí, en el mismo lugar, y que nadie la había tan siquiera tocado. Cuando el comerciante visualizó la alcancía estalló en llanto. Su socio pensó que lloraba por la alegría que le causaba haberla encontrado. Sin embargo, el vendedor se acercó a su socio y le dijo: “Escucha, yo quiero dividir a medias lo que hay aquí dentro: una mitad para ti y la otra para mí. Y, a partir de ahora, tú y yo iremos cada uno por su camino, de manera independiente”. Y así lo hicieron.

Dividieron entre ellos la plata y el oro, y cada uno se fue por su camino. Cada cual comenzó a ocuparse de negocios diferentes, y transcurridos unos años el comerciante se fue empobreciendo ya que sus negocios no prosperaban. Cuando lo hubo perdido todo, empezó a ir de ciudad en ciudad a buscar donaciones o ayuda.

Así, luego de mucho tiempo, llegó a una ciudad colmada de gente pobre. Uno de los ricos de esa ciudad que siempre los invitaba a comer, lo invitó también a él. Luego de brindarle una buena cena, le dio incluso una suma de dinero y lo invitó a que viniera también para *shabat*.⁵ Cuando los demás pobres escucharon que el nuevo extraño había recibido más dinero que ellos, sintieron una profunda envidia y decidieron robarle su dinero. Así fue, que en vísperas de *shabat*, cuando el pobre hombre fue a la *mikve*,⁶ le robaron todo su dinero y decidieron además, en esa misma ocasión, burlarse de él, robándole también sus vestimentas en el momento en el que el hombre estaba inmerso en la *mikve*. Cuando salió de allí, descubrió que su ropa no estaba. Se había quedado, definitivamente, sin nada. Gritó desesperadamente y

⁵ Celebración del 7mo. día.

⁶ Baño ritual judío.

escapó desnudo en dirección a un parque, cercano al lugar en donde él se encontraba y se sentó solo, escondiéndose entre los árboles.

Una vez que el *shabat* hubo comenzado, el hombre rico comenzó a preocuparse porque el pobre no llegaba. Entonces, decidió salir a buscarlo. Preguntó a varias personas y todos le respondieron que había sido visto por última vez en la *mikve*. El rico envió hombres a buscarlo y en las cercanías de la *mikve*, escucharon, de pronto, a alguien cantando a toda voz, y con alegría. Se dirigieron hacia el parque, y se aproximaron al lugar del cual provenía la voz. Allí encontraron al pobre, completamente desnudo, entonando y cantando con alegría melodías y canciones de *shabat*, ¡y el *lejá dodí!*.⁷ Le proporcionaron ropa y lo llamaron para que viniera a comer a la casa del hombre adinerado. Cuando le preguntaron por qué no había venido explicó lo que le había sucedido: “Me robaron mis vestimentas, por eso no pude venir”. Fue así que comieron y bebieron, y ulteriormente el hombre rico le preguntó: ¿en realidad no sabes quién soy?. A lo que el pobre contestó: “No. La verdad no te conozco”. Y el rico replicó: “Yo fui tu socio en tus negocios hace muchos años. Luego que nos dividimos el oro y la plata y cada uno fue por su camino, yo vine a esta ciudad y comercié aquí y prosperaron mis negocios y enriquecí en forma considerable. Y cuando te vi, después de tanto tiempo y vi cuán pobre eras, me apiadé de ti y quise darte una buena suma de dinero para que pudieras comenzar de nuevo y rehacer tu vida. Ahora, quiero que me expliques por qué cuando encontramos la alcancía, aquella vez que la habíamos extraviado, te pusiste a llorar. Y ahora, que lo habías perdido todo te encontraron alegre, cantando.

El pobre le explicó: “En el mundo hay ciclos. A veces se está arriba y a veces abajo. Cuando vi que era rico y se me había extraviado la alcancía, y luego la encontramos intacta con todo el oro y la plata, comprendí que había llegado a la cúspide de mi suerte, al grado más alto de mis ciclos. De allí, lo único que me depararía el futuro era el descenso. Por eso lloré, y ese mismo fue el motivo por el cual dividí nuestras ganancias, ya que quise evitar que tu descendieras a causa de mi destino. Y así me convertí en un hombre pobre, y así y todo me robaron hasta mi ropa y entonces sí me quedé sin nada. En ese momento comprendí que había llegado al nivel más bajo y que lo único que me quedaba era comenzar a ascender nuevamente y ese fue el motivo de mi júbilo y de mis cantos y bailes.

Estas palabras agradaron tanto al hombre rico que decidió dividir su fortuna con el pobre, quien nuevamente enriqueció.

II - EL ESPEJO

En una pequeña ciudad vivía un hombre -Rev⁸ Abraham- muy piadoso y recto que cumplía casi con exactitud el dicho de los sabios: *elu debarim sheen lahem shiur... hajnasat orjim* (estas son las cosas que no tienen medida... hospitalidad).

Rev Abraham no se contaba entre los adinerados del lugar, todo lo contrario, era extremadamente pobre, pero a pesar de ello acostumbraba compartir su modesto pan y repartirlo entre los pobres, todos encontraban las puertas del Rev Abraham abiertas para satisfacer el hambre y su sed.

⁷ Cántico compuesto por Salomón Alkabetz, utilizado en el *shabat*. (ven hermano a recibir a la novia del *shabat*)

⁸ Significa Señor.

En cierta oportunidad llego a su casa un ilustre visitante, que era su rabino, Rav Yeshaiahu, conocido en la comarca por su sabiduría y bondad. El visitante se percató de inmediato de la gran hospitalidad de Rev Abraham quien llegaba a disminuir la alimentación de su familia para cumplir el precepto antes citado. Por este motivo no se fue de la casa hasta que no hubo bendecido a Rev Abraham para que tuviera la ayuda divina en toda empresa a la que se abocara. No pasaron muchos meses, hasta que se cumplieron las bendiciones de Rav Yeshaiahu, los negocios de Rev Abraham prosperaron increíblemente y llego a la categoría de los hombres mas ricos.

Desde ese momento no encontró Rev Abraham tiempo libre para ocuparse de los pobres de su ciudad por la forma en que lo absorbían sus negocios, y por supuesto tampoco podía ocuparse de los demás pobres provenientes de distantes lugares que venían a su casa (pues hasta ese entonces su fama de generoso había traspasado los límites de su ciudad). A pesar de esto no se puede decir que había abandonado por completo su bondadosa costumbre, ya que tenía a uno de sus sirvientes encargado de ocuparse de los pobres, y hasta de vez en cuando enviaba grandes sumas de dinero destinadas a las clases mas necesitadas, pero esto ya no era de todo corazón sino sin darle la menor importancia, hasta el punto que los pobres se apartaban de las puertas del nuevo rico. Y comentaban: "Desde el tiempo que fue bendecida con la riqueza es otra persona, antes era muy bondadoso".

Ocurrió que cuando Rav Yeshaiahu se estaba encargando de recolectar fondos para *pidyon shevuyim* (rescate de cautivos)⁹, envió a una persona a solicitar su contribución a Rev Abraham, pero como estaba muy ocupado, lo atendió uno de sus sirvientes, quien no le permitió pasar a conversar con su patrón.

Al enterarse de esto, Rav Yeshaiahu se entristeció mucho y dijo: "Quizás mi bendición se transformo en maldición". Prácticamente no se demoro ni un instante y partió hacia la casa de Rev Abraham para solucionar la situación.

Por intermedio de su *shamash*¹⁰, el Rav mando a avisar a Rev Abraham que deseaba verlo. Rav Yeshaiahu fue recibido por su alumno con mucha calidez y honor. Al entrar al salón principal de la mansión con una profunda mirada advirtió la magnificencia que lo rodeaba, sin embargo al momento se entristeció mucho, pues en ocasiones anteriores al visitarlo siempre había encontrado su casa llena de necesitados y en cambio en esta oportunidad estaba totalmente vacía.

De repente el Rav se encamino hacia la ventana y mirando a la calle le pregunto a su alumno quien era la persona que pasaba con su hacha. Le contesto que era leñador y que iba al bosque a trabajar.

Luego el Rav hizo lo propio con otros vecinos de su alumno y este le respondía visiblemente sorprendido. Acto seguido el Rav se aparto de la ventana y camino por la habitación hasta que al final se situó frente a un espejo.

-Por favor, acércate, le dijo a Rev Abraham, mira por el espejo.

-A quien ves? prosiguió el Rav, a lo que su alumno le respondió: "lógicamente que a mi mismo", muy sorprendido por preguntas tan simples.

⁹ Tradición bíblica antigua.

¹⁰ Secretario o asistente del maestro. También guardián.

El Rav prosiguió inquiriendo de que material estaban hechos los dos objetos a través de los cuales le había hecho observar, a lo que respondió Rev Abraham -cada vez mas sorprendido y confundido- que ambos estaban hechos de vidrio. Por ultimo el Rav añadió una pregunta más:

"Pues entonces, ¿Por que a través del vidrio de la ventana ves a las demás personas, en cambio por el espejo solo puedes ver tu propia imagen?"

El motivo esta claro, contesto Rev Abraham- porque el vidrio de la ventana es transparente, sin nada entre medio, en cambio el vidrio del espejo tiene dentro una capa de plata, por eso pude ver mi propia imagen.

-Todo esto es muy lógico -dijo el Rav-, cuando el vidrio esta puro, sin plata de por medio, se puede apreciar a los demás, en cambio cuando el vidrio esta impregnado de plata, solo se puede apreciar la imagen de uno mismo.

Lagrimas afloraron en los ojos de Rev Abraham, había comprendido las palabras de su maestro, y supo que en un tiempo se asemejaba a un vidrio traslucido, a través del cual se interesaba por sus semejantes, pero ahora, en cambio, se había convertido en una persona que solo se veía a si misma.

III - UN BANQUETE ES UN BANQUETE

En un lugar muy lejano, existía un reino llamado el reino de la tristeza.

Un buen día, decidió el rey pasear por su reino para ver si todos sus habitantes cumplían con la ley del reino y estaban tristes. El rey se disfrazo de un simple campesino y comenzó a peregrinar para averiguar si la gente cumplía la orden real, pues de ser así eso aumentaría su tristeza, lo cual era el objetivo de su vida y el motivo de la existencia de su reino.

Cierto día llego el rey a la casa de un señor muy pobre cuyo oficio era remendar. el rey vio que el remendero estaba muy contento comiendo su almuerzo. Remendaba objetos rotos y hasta a veces remendaba a aquellas personas cuyos corazones estaban partidos.

El rey le pregunto el motivo de su alegría y el le contesto en yidish "*a fistele is a fistele*", un banquete es un banquete, tengo lo que comer con mi humilde trabajo, ¿Esto ya es un buen motivo para estar contento, no?

El rey enojadísimo se va a su palacio y decreta al día siguiente que a partir de ahora estará prohibido ejercer el oficio de remendero.

Este pobre señor al escuchar la orden real, de ninguna manera se desesperó. Salió a la aldea y al encontrar allí a un cortador de leña que trabajaba duramente, le propuso brindarle su ayuda a cambio de unas pocas monedas que le permitan mantenerse.

Este buen señor comenzó a trabajar con el leñador. A los pocos días, el rey ,que continuaba con sus averiguaciones, al ver al leñador con cara de tristeza , recibió una "alegría" muy grande. Mas cuán grande fue su decepción cuando descubrió que junto al leñador, muy contento se hallaba el antiguo remendero disfrutando cada pedazo de suhumilde comida.

El rey se acercó al antiguo remendero y le preguntó acerca del motivo de su alegría y este le contestó su tradicional respuesta: “*a fistele is a fistele*”.

El rey muy enojado se va a su palacio y decreta que a partir de ahora está prohibido cortar leña.

Más este pobre hombre no desespera y se va a buscar a un limpiador y le ofrece sus servicios a cambio de unas monedas por su ayuda, y... como ustedes se imaginan viene el rey y lo ve comiendo y le pregunta sobre su alegría y este le contesta “*a fistele is a fistele*”, tengo mi banquete diario ¿Qué más se puede pedir?.

El rey se va a su palacio hirviendo de enojo y emite un decreto que a partir de ahora está prohibido limpiar para los demás, cada uno solo puede limpiar lo suyo.

Y luego que ya no quedaron más oficios para mantenerse, el antiguo remendero piensa para sí, no tengo opción sino enrolarme en el ejército del rey.

Este buen hombre se enrola y el rey le paga su sueldo mensual. El rey visita a su ejército y ve que este hombre está comiendo muy contento su banquete privado. El rey disfrazado le pregunta el motivo de su alegría y este hombre le contesta que el ejército le paga un pequeño sueldo y esto le alcanza para poder darse su banquete diario, después de todo “*a fistele is a fistele*”.

El rey ya sin saber lo que hacer se va a su palacio y decide emitir un decreto, según el cual se les pagará a los soldados un sueldo una vez cada seis meses.

Al escuchar este nuevo decreto y al habersele acabado al antiguo remendero el último sueldo, ese sabio hombre piensa hasta que se le ocurre una brillante idea y se dirige a ponerla en práctica. Va al negocio de un herrero y le vende el metal de su espada a cambio de una suma respetable de dinero y en lugar del metal colocó un pedazo de madera envuelto en papel de aluminio.

El rey, luego de unas semanas, pensando que había vencido a este hombre, va nuevamente a pasearse, como ya era tradición, disfrazado por el campamento militar y éste aquí que el rey se acerca a este hombre y lo ve insólitamente disfrutando de su banquete privado.

El rey le pregunta de dónde tiene dinero y él le cuenta en secreto lo que hizo con su espada y que gracias a Dios “*a fistele is a fistele*”. El rey vuelve a su palacio y decide poner fin a la vida de este hombre que ponía en grave peligro al motivo de existencia de su reino.

Piensa y piensa hasta que se le ocurre una idea. En su reino hay una cárcel para criminales y entre ellos se encuentra un pobre hombre cuyo castigo era la pena de muerte.

El rey decide obligar a nuestro remendero – leñador – limpiador - soldado en llevar a cabo el sangriento veredicto. El rey trae al sentenciado y obliga a nuestro hombre a matarlo.

En el ejército de aquel reino era sabido que aquel que pierde o le roban su espada su castigo es la muerte en la horca.

Nuestro antiguo remendero es traído para llevar a cabo el veredicto, mas no se da rápidamente por vencido y grita en voz alta: “Si este hombre es culpable que mi espada lo atraviese, mas si es inocente que se transforme mi espada en una espada de madera”. Y al desenvainar su espada y ver el rey la forma creativa en que este hombre logró salir de una muerte segura,

comenzó de a poco a reírse, y la gente que estaba alrededor al ver a su rey reírse, perdieron el miedo y comenzaron a reírse con él.

Así este reino, el reino de la tristeza, se transformo en el nuevo reino de la alegría.

IV - ¿MI CASA ES UN INFIERNO?

Era un pequeño pueblo rural, sus pobladores eran hombres de campo acostumbrados a trabajar la tierra de la mañana a la noche y a confiar sus secretos solamente a un anciano sabio que en algún momento sintió que su misión era escucharlos.

Cierto día un hombre sale corriendo de su casa tomándose la cabeza con ambas manos y gritando:

-“¡Maestro!, ¡Maestro!, me estoy volviendo loco!” y cuando estuvo junto a él le dijo:

-“Por favor Maestro, estoy desesperado, necesito que me ayude. Vivo en una casa con una sola habitación, con mi mujer, mis hijos y dos parientes, mis nervios van a estallar, estamos todo el día gritando y peleando entre nosotros, no aguanto mas, ¿Qué puedo hacer?”

El Maestro, miro a los ojos del hombre en silencio, luego preguntó: “¿Me prometes que aunque te parezca ridículo lo que voy a decirte harás lo que yo te ordene?”

-“Si, por supuesto, seguro que lo haré”

-“Muy bien, ¿Cuántos animales tienes?”

-“Once, una vaca, 2 cabras y 8 gallinas”

Inmediatamente el Maestro ordenó: “Ve a tu casa, mete a todos los animales dentro de la habitación y vuelve a verme dentro de una semana”.

El hombre no podía creer lo que escuchaba, quedó espantado con la propuesta, pero como había prometido que haría cualquier cosa que el Maestro de dijera, obedeció.

Al cabo de una semana, sucio y mal oliente, regreso a la casa del Maestro. Apenas lo ve, sin siquiera saludarlo, le dice: “Estoy mas loco que antes, no puedo seguir viviendo así, es un espanto, el infierno debe ser mejor que esto...”

El Maestro lo interrumpe y le habla con voz serena: “Regresa a tu casa y saca a todos los animales fuera de la habitación”

Sin decir una palabra el hombre salió corriendo a cumplir la orden.

Al cabo de unos días, con el rostro brillándole de alegría, regresa a la casa del Maestro diciendo: “Que felicidad, que paraíso que es ahora mi casa, que amplitud, que tranquilo que estoy allí.”

V - ¿SOY PERFECTO?

Érase una vez un hombre apasionado por la ciencia que buscaba afanosamente una fórmula para reproducirse a si mismo, pues era tal su vanidad y su soberbia que pensaba que el mundo necesitaba mas personas exactamente iguales a él.

Después de muchos fracasos por fin obtiene su fórmula mágica y logra hacer 10 copias de si mismo, tan pero tan perfectas que resultaba imposible distinguir el original de la reproducción.

Estaba muy orgulloso de su obra, pero necesitaba algo mas para vanagloriarse, deseaba que todos se enterasen del resultado de su trabajo. Piensa unos instantes y decide llamar al anciano mas sabio del pueblo, un Maestro kabalista muy conocedor del alma y la personalidad humana.

Dos horas antes de que llegue el Maestro, el científico comienza a preparar el escenario para la demostración. Dispone las 10 figuras, una al lado de la otra, dando a cada una los últimos retoques y luego se coloca entre ellas.

Al llegar el Maestro y ver las figuras tan iguales queda perplejo, realmente no podía distinguir cual era el original. Observó concienzudamente cada figura y no lograba hacer ninguna distinción. Medita un momento, se aleja unos pasos de las figuras y dice:

“Señor, realmente usted debe ser un genio para haber logrado reproducciones tan perfectas de si mismo. Sin embargo he notado que su obra tiene un pequeño y casi imperceptible defecto”

El científico pegó un salto saliendo de entre las figuras y gritó: “Un defecto, ¡imposible!, donde está ese defecto”

“Justamente ahí”, respondió el Maestro, señalando al científico con su dedo.

VI - EL CÍRCULO DEL NOVENTA Y NUEVE

Había una vez un rey muy triste, y tenía un sirviente que como todo sirviente de rey triste, era muy feliz.

Todas las mañanas llegaba a traer el desayuno y despertaba al rey cantando y tarareando alegres canciones de juglares. Una sonrisa se dibujaba en su distendida cara y su actitud para con la vida era siempre serena y alegre.

Un día el rey lo mandó a llamar.

-Paje..., le dijo- ¿Cuál es el secreto?

-¿Qué secreto, Majestad?

-¿Cuál es el secreto de tu alegría?

-No hay ningún secreto, Alteza...

-¡No me mientas, paje! ¡He mandado a cortar cabezas por ofensas menores que una mentira!

-No le miento, Alteza, no guardo ningún secreto.

-¿Porqué estás siempre alegre y feliz? ¿eh...? ¿Por qué...?

-Majestad, no tengo razones para estar triste. Su Alteza me honra permitiéndome atenderlo. Tengo mi esposa y mis hijos viviendo en la casa que la corte nos ha asignado, somos vestidos y alimentados, y además su Alteza me premia de vez en cuando con algunas monedas para darnos algunos gustos. ¿Cómo no estar feliz?

-¡Si no me dices ya mismo el secreto, te haré decapitar! - Dijo el rey... -¡Nadie puede ser feliz por esas razones que has dado.

-Pero Majestad, no hay secreto. Nada me gustaría mas que complacerlo, pero no hay nada que yo este ocultando...

-¡Vete, vete antes de que llame al verdugo!

El sirviente sonrió, hizo una reverencia y salió de la habitación. El rey estaba como loco... No conseguía explicarse como el paje estaba feliz viviendo de prestado, usando ropa usada y alimentándose de las sobras de los cortesanos.

Cuando se calmó, llamó al más sabio de sus asesores y le contó su conversación de la mañana.

-¿Porqué él es feliz?

-Ah..., Majestad, lo que sucede es que él está fuera del círculo.

-¿Fuera del círculo?

-Así es.

-¿Y eso es lo que lo hace feliz?

-No Majestad, eso es *lo que no lo hace infeliz*.

-A ver si entiendo, estar en el círculo te hace infeliz...

-Así es.

-¿Y como salió?

-Nunca entró...

-¿Qué círculo es ese?

-El círculo del 99.

-Verdaderamente, no te entiendo nada.

-La única manera para que entendieras, sería mostrártelo en los hechos.

-¿Cómo?

-Haciendo entrar a tu paje en el círculo.

-¡Eso, eso...! ¡Obliguémoslo a entrar!

-No es tan fácil, Alteza. -Nadie puede obligar a nadie a entrar en el círculo.

-Entonces habrá que engañarlo...

-No hace falta, Su Majestad. Si le damos la oportunidad, el entrará solito, solito...

-¿Pero él no se dará cuenta de que eso es su infelicidad?

-Sí, se dará cuenta.

-¡Entonces no entrará!

-No lo podrá evitar...

-¿Dices que él se dará cuenta de la infelicidad que le causará entrar en ese ridículo círculo, y de todos modos entrará en él y no podrá salir?

-Tal cual, Majestad. ¿Estás dispuesto a perder un excelente sirviente para poder entender la estructura del círculo?

-¡Si!

-Bien, esta noche te pasaré a buscar. Debes tener preparada una bolsa de cuero con 99 monedas de oro... ¡Ni una más ni una menos...,99!

-¿Qué más? ¿Llevo los guardias, por si acaso...?

-No es necesario, nada mas que la bolsa de cuero, Majestad, -Hasta la noche.

-Hasta la noche.

Y así fue. Esa noche, el sabio pasó a buscar al rey y ambos se escurrieron hasta los patios del palacio y se ocultaron junto a la casa del paje. Allí esperaron el alba.

Cuando dentro de la casa se encendió la primera vela, el hombre sabio tomó la bolsa y le pinchó un papel que decía:

“Este tesoro es tuyo. Es el premio por ser un buen hombre, disfrútalo y no cuentes a nadie cómo lo encontraste”.

Luego ató la bolsa con el papel en la puerta del sirviente, golpeó y volvió a esconderse.

Cuando el paje salió, el sabio y el rey espían desde atrás de unas matas lo que sucedía.

El sirviente vio la bolsa, leyó el papel, agitó la bolsa... y al escuchar el sonido metálico se estremeció, aferró la bolsa contra su pecho, miró hacia todos lados de la puerta, y volvió a entrar a su casa.

Entonces, se arrimaron a la ventana para ver la escena.

El sirviente había tirado todo lo que había sobre la mesa y dejado solo la vela. Se había sentado y había vaciado el contenido sobre ella. Sus ojos no podían creer lo que veían... ¡Era una montaña de monedas de oro! Él, que nunca había tocado una de estas monedas, tenía hoy una montaña de ellas a su disposición. El paje las tocaba y amontonaba, las acariciaba y hacía brillar la luz de la vela sobre ellas. Las juntaba y desparramaba, después hacía y deshacía pilas de monedas.

Así, jugando y jugando, comenzó a hacer pilas de 10 monedas.

Una pila de diez, dos pilas de diez, tres pilas, cuatro, cinco, seis.... y mientras, sumaba: 10, 20, 30, 40, 50, 60.... hasta que formó la última pila: ¡¡¡99 monedas...!!!

Su mirada recorrió primero la mesa, buscando una moneda más. Luego el piso y finalmente la bolsa. "No puede ser", pensó. Puso la última pila al lado de las otras y confirmó que era más baja.

-¡¡Me robaron -gritó- ¡¡Me robaron, malditos!!

Una vez más buscó en la mesa, en el piso, en la bolsa, en sus ropas... Vacío sus bolsillos, corrió los muebles, pero no encontró lo que buscaba.

Sobre la mesa, como burlándose de él, una montañita resplandeciente le recordaba que había 99 monedas de oro. "Sólo 99...".

"99 monedas. Es mucho dinero", pensó. Pero me falta una moneda... Noventa y nueve no es un número completo -pensaba- Cien es un número completo, pero noventa y nueve, no...

El rey y su asesor miraban por la ventana. La cara del paje ya no era la misma, estaba con el ceño fruncido y los rasgos tiesos, sus ojos se habían vuelto pequeños y arrugados y la boca mostraba un horrible rictus, por el que se asomaban los dientes.

El sirviente guardó las monedas en la bolsa y mirando para todos lados para ver si alguien de la casa lo veía, escondió la bolsa entre la leña. Luego tomó papel y pluma y se sentó a hacer cálculos.

¿Cuánto tiempo tendría que ahorrar el sirviente para comprar su moneda número cien...?

Todo el tiempo hablaba solo, en voz alta. Estaba dispuesto a trabajar duro hasta conseguirla...

Después, quizás no necesitaría trabajar más... Con cien monedas de oro, un hombre puede dejar de trabajar... Con cien monedas de oro un hombre es rico... Con cien monedas se puede vivir tranquilo...

Sacó el cálculo. Si trabajaba y ahorraba su salario y algún dinero extra que recibía, en once o doce años juntaría lo necesario.

"Doce años es mucho tiempo", pensó. Quizás pudiera pedirle a su esposa que buscara trabajo en el pueblo por un tiempo. (Y él mismo, después de todo, terminaba su tarea en palacio a las cinco de la tarde, podría trabajar hasta la noche y recibir alguna paga extra por ello...).

Volvió a sacar las cuentas: sumando su trabajo en el pueblo y el de su esposa, en siete años reuniría el dinero. ¡¡¡Era demasiado tiempo...!!!

Quizás pudiera llevar al pueblo lo que quedaba de comidas todas las noches y venderlo por unas monedas. De hecho, cuanto menos comieran, más comida habría para vender... Vender...Vender....

Estaba haciendo calor... ¿Para qué tanta ropa de invierno? ¿Para qué más de un par de zapatos? Era un sacrificio, pero en cuatro años de sacrificios llegaría a su moneda cien.

El rey y el sabio volvieron al palacio.

El paje había entrado en el círculo del 99...

Durante los siguientes meses, el sirviente siguió sus planes tal como se le ocurrieron aquella noche.

Una mañana, el paje entró a la alcoba real golpeando las puertas, refunfuñando y con cara de pocas pulgas.

-¿Qué te pasa?- Preguntó el rey de buen modo.

-¡Nada me pasa..., nada me pasa...!

-Antes, no hace mucho, reías y cantabas todo el tiempo.

-¡Hago mi trabajo! ¿Verdad? ¿Qué otra cosa querría su Alteza..., que fuera su bufón y su juglar también?

No pasó mucho tiempo antes de que el rey despidiera al sirviente.

No era agradable tener un paje que estuviera siempre de mal humor...

VII - EL ÁRBOL DE LOS PROBLEMAS

El carpintero que había contratado para ayudarme a reparar una vieja granja, acababa de finalizar un duro primer día de trabajo. Su sierra se dañó y lo hizo perder una hora de trabajo y luego a su antiguo carro se le trabó una rueda y quedó inutilizado.

Mientras lo llevaba a su casa, se sentó en silencio. Una vez que llegamos, me invitó a conocer a su familia. Mientras nos dirigíamos a la puerta, se detuvo brevemente frente a un pequeño árbol, tocando las puntas de las ramas con ambas manos. Cuando se abrió la puerta de su casa, ocurrió una sorprendente transformación. Su bronceada cara estaba plena de sonrisas. Abrazó a sus dos pequeños hijos y le dio un beso a su esposa.

Posteriormente me acompañó hasta mi automóvil. Cuando pasamos cerca del árbol, sentí curiosidad y le pregunté acerca de lo que lo había visto hacer un rato antes.

"Oh, ese es mi árbol de problemas", contestó. Sé que yo no puedo evitar tener problemas en el trabajo, pero una cosa es segura: los problemas no pertenecen a la casa, ni a mi esposa, ni a mis hijos. Así que simplemente los cuelgo en el árbol cada noche cuando llego a casa. Luego en la mañana los recojo otra vez.

Lo divertido es, añadió sonriendo, que cuando salgo en la mañana a recogerlos, no hay tantos como los que recuerdo haber colgado la noche anterior...

VIII - LA LIEBRE Y EL TIGRE

Que gran decepción tenía el joven de esta historia... Su amargura absoluta era por la forma tan inhumana en que se comportaban todas las personas. Al parecer, ya a nadie le importaba a nadie.

Un día, dando un paseo por el monte, vio sorprendido que una pequeña liebre le llevaba comida a un enorme tigre malherido, el cual no podía valerse por sí mismo.

Le impresionó tanto ver este hecho que regresó al día siguiente para ver si el comportamiento de la liebre era casual ó habitual.

Con enorme sorpresa pudo comprobar que la escena se repetía: la liebre dejaba un buen trozo de carne cerca del tigre. Pasaron los días y la escena se repitió de un modo idéntico, hasta que el tigre recuperó las fuerzas y pudo buscar la comida por su propia cuenta.

Admirado por la solidaridad y cooperación entre los animales, se dijo:

"No todo está perdido... Si los animales, que son inferiores a nosotros, son capaces de ayudarse de este modo, mucho más lo haremos las personas.

Y decidió hacer la experiencia: Se tiró al suelo, simulando que estaba herido, y se puso a esperar que pasara alguien y lo ayudara.

Pasaron las horas, llegó la noche y nadie se acercó en su ayuda. Estuvo así durante todo el otro día, mucho más decepcionado que cuando comenzamos a leer esta historia, con la convicción de que la humanidad no tenía el menor remedio, sintió dentro de sí todo el desespero del hambriento, la soledad del enfermo, la tristeza del abandono... Su corazón estaba devastado, ya casi no sentía deseo de levantarse, entonces allí, en ese instante, lo oyó...

¡Con qué claridad, qué hermoso!, una hermosa voz, muy dentro de él, le dijo: "Si quieres encontrar a tus semejantes, si quieres sentir que todo ha valido la pena, si quieres seguir creyendo en la humanidad, para encontrar a tus semejantes como hermanos, deja de hacer de tigre y simplemente sé la liebre".

IX - EL BUSCADOR

Un día, el buscador sintió que debía ir hacia la ciudad de Kammir.

Él había aprendido a hacer caso riguroso a estas sensaciones que venían de un lugar desconocido de sí mismo, así que dejó todo y partió.

Después de dos días de marcha por los polvorientos caminos divisó, a lo lejos, Kammir.

Un poco antes de llegar al pueblo, una colina a la derecha del sendero le llamó mucho la atención. Estaba tapizada de un verde maravilloso y había un montón de árboles, pájaros y flores encantadores; la rodeaba por completo una especie de valla pequeña de madera lustrada.

Una portezuela de bronce lo invitaba a entrar...

De pronto, sintió que olvidaba el pueblo y sucumbió ante la tentación de descansar por un momento en ese lugar.

El buscador traspasó el portal y empezó a caminar lentamente entre las piedras blancas que estaban distribuidas como al azar entre los árboles.

Dejó que sus ojos se posaran como mariposas en cada detalle de este paraíso multicolor.

Sus ojos eran los de un buscador, y quizás por eso descubrió sobre una de las piedras, aquella inscripción:

“Abdul Tareg, vivió 8 años, 6 meses, 2 semanas y 3 días”.

Se sobrecogió un poco al darse cuenta de que esa piedra no era simplemente una piedra, era una lápida. Sintió pena al pensar que un niño de tan corta edad estaba enterrado en ese lugar.

Mirando a su alrededor, el hombre se dio cuenta de que la piedra de al lado también tenía una inscripción. Se acercó a leerla, decía:

“Yamir Kalib, vivió 5 años, 8 meses y 3 semanas”.

El buscador se sintió terriblemente conmocionado. Este hermoso lugar era un cementerio y cada piedra, una tumba.

Una por una, empezó a leer las lápidas. Todas tenían inscripciones similares: un nombre y el tiempo de vida exacto del muerto.

Pero lo que lo conectó con el espanto, fue comprobar que el que más tiempo había vivido sobrepasaba apenas los 11 años... Embargado por un dolor terrible se sentó y se puso a llorar.

El cuidador del cementerio, pasaba por ahí y se acercó; lo miró llorar por un rato en silencio y luego le preguntó si lloraba por algún familiar.

No, ningún familiar; dijo el buscador.

¿Qué pasa con este pueblo?

¿Qué cosa tan terrible hay en ésta ciudad?

¡¿Cuál es la horrible maldición que pesa sobre ésta gente, que los ha obligado a construir un cementerio de chicos?!

El anciano se sonrió y dijo:

Puede Usted serenarse; no hay tal maldición... Lo que pasa es que aquí tenemos una vieja costumbre. Le contaré:

“Cuando un joven cumple quince años sus padres le regalan una libreta, como ésta que tengo aquí, colgando del cuello. Y es tradición entre nosotros que a partir de allí, cada vez que uno disfruta intensamente de algo, abre la libreta y anota en ella: a la izquierda, qué fue lo disfrutado...a la derecha, cuánto tiempo duró el gozo”.

“Conoció a su novia, y se enamoró de ella. ¿Cuánto tiempo duró esa pasión enorme y el placer de conocerla?. ¿Una semana?, ¿Dos?, ¿Tres semanas y media?”...

“Y después... la emoción del primer beso, el placer maravilloso del primer beso, ¿cuánto duró esa emoción?, ¿un minuto y medio?, ¿dos días?, ¿una semana?”...

“¿Y el embarazo o el nacimiento del primer hijo...? ¿y el casamiento de los amigos...? ¿y el viaje más deseado...? ¿y el encuentro con el hermano que vuelve de un país lejano?”...

“¿Cuánto tiempo duró el disfrutar de estas situaciones...? ¿Horas?, ¿Días?” ...

“Así... vamos anotando en la libreta cada momento que disfrutamos... Cada momento”...

“Cuando alguien se muere, es nuestra costumbre, abrir su libreta y sumar el tiempo de lo disfrutado, para escribirlo sobre su tumba... Porque ese es, para nosotros, el único y verdadero tiempo vivido”.

X - VEREMOS...

Había una vez un campesino, pobre pero sabio, que trabajaba la tierra duramente con su hijo.

Un día el hijo le dijo: ¡Padre, qué desgracia! ¡Se nos ha ido el caballo!

- ¿Porqué le llamas desgracia? - respondió el padre -Veremos lo que trae el tiempo...

A los pocos días el caballo regresó, acompañado de otro caballo.

-¡Padre, qué suerte! - exclamó esta vez el muchacho -Nuestro caballo ha traído otro caballo.

- ¿Porqué le llamas suerte? - repuso el padre -Veamos qué nos trae el tiempo...

En unos cuantos días más, el muchacho quiso montar el caballo nuevo, y éste, no acostumbrado al jinete, se encabritó y lo arrojó al suelo. El muchacho se quebró una pierna...

-¡Padre, qué desgracia! - exclamó ahora el muchacho -.¡Me he quebrado la pierna! Y el padre, retomando su experiencia y sabiduría, sentenció: ¿Porqué le llamas desgracia? -Veamos lo que trae el tiempo...

El muchacho no se convencía de la filosofía del padre, sino que gimoteaba en su cama.

Pocos días después pasaron por la aldea los enviados del rey, buscando jóvenes para llevárselos a la guerra. Vinieron a la casa del anciano, pero como vieron al joven con su pierna entablillada, lo dejaron y siguieron de largo.

El joven comprendió entonces que nunca hay que dar ni la desgracia ni la fortuna como absolutas.

Lo mejor es esperar siempre el día de mañana, pero sobre todo confiar en Dios, porque todo sucede con un propósito positivo para nuestras vidas...

XI - EL ANILLO

Hubo una vez un rey que dijo a los sabios de la corte:

"Me estoy fabricando un precioso anillo. He conseguido uno de los mejores diamantes posibles. Quiero guardar oculto dentro del anillo algún mensaje que pueda ayudarme en momentos de desesperación total, y que ayude a mis herederos, y a los herederos de mis herederos, para siempre. Tiene que ser un mensaje pequeño, de manera que quepa debajo del diamante del anillo".

Todos quienes escucharon eran sabios, grandes eruditos; podrían haber escrito grandes tratados, pero darle un mensaje de no más de dos o tres palabras que le pudieran ayudar en momentos de desesperación total...

Pensaron, buscaron en sus libros, pero no podían encontrar nada.

El rey tenía un anciano sirviente que también había sido sirviente de su padre. La madre del rey murió pronto y este sirviente cuidó de él, por tanto, lo trataba como si fuera de la familia. El rey sentía un inmenso respeto por el anciano, de modo que también lo consultó. Y éste le dijo:

"No soy un sabio, ni un erudito, ni un académico, pero conozco el mensaje".

"Durante mi larga vida en palacio, me he encontrado con todo tipo de gente, y en una ocasión me encontré con un místico. Era invitado de tu padre y yo estuve a su servicio.

Cuando se iba, como gesto de agradecimiento, me dio este mensaje (el anciano lo escribió en un diminuto papel, lo dobló y se lo dio al rey). Pero no lo leas -le dijo- mantenlo escondido en el anillo".

Ábrelo sólo cuando todo lo demás haya fracasado, cuando no encuentres salida a la situación.

Ese momento no tardó en llegar. El país fue invadido y el rey perdió el reino. Estaba huyendo en su caballo para salvar la vida y sus enemigos lo perseguían. Estaba solo y los perseguidores eran numerosos. Llegó a un lugar donde el camino se acababa, no había salida: enfrente había un precipicio y un profundo valle; caer por él sería el fin. Y no podía volver porque el enemigo le cerraba el camino. Ya podía escuchar el trotar de los caballos. No podía seguir hacia delante y no había ningún otro camino...

De repente, se acordó del anillo. Lo abrió, sacó el papel y allí encontró un pequeño mensaje tremendamente valioso: Simplemente decía "ESTO TAMBIÉN PASARÁ".

Mientras leía "esto también pasará" sintió que se cernía sobre él un gran silencio. Los enemigos que le perseguían debían haberse perdido en el bosque, o debían haberse

equivocado de camino, pero lo cierto es que poco a poco dejó de escuchar el trote de los caballos.

El rey se sentía profundamente agradecido al sirviente y al místico desconocido. Aquellas palabras habían resultado milagrosas. Dobló el papel, volvió a ponerlo en el anillo, reunió a sus ejércitos y reconquistó el reino. Y el día que entraba de nuevo victorioso en la capital hubo una gran celebración con música, bailes... y él se sentía muy orgulloso de sí mismo.

El anciano estaba a su lado en la carroza y le dijo:

"Este momento también es adecuado: vuelve a mirar el mensaje".

- "¿Qué quieres decir? "-preguntó el rey-. "Ahora estoy victorioso, la gente celebra mi vuelta, no estoy desesperado, no me encuentro en una situación sin salida".

-Escucha -dijo el anciano-: este mensaje no es sólo para situaciones desesperadas; también es para situaciones placenteras. No es sólo para cuando estás derrotado; también es para cuando te sientes victorioso. No es sólo para cuando eres el último; también es para cuando eres el primero.

El rey abrió el anillo y leyó el mensaje: "Esto también pasará", y nuevamente sintió la misma paz, el mismo silencio, en medio de la muchedumbre que celebraba y bailaba, pero el orgullo, el ego, había desaparecido. El rey pudo terminar de comprender el mensaje.

Se había iluminado.

XII - LAS TRES REJAS

El joven discípulo de un Maestro Kabalista llega a la casa de éste y le dice:

- Maestro, un amigo estuvo hablando de ti con malevolencia...

- ¡Espera!- lo interrumpe el Maestro - ¿Hiciste pasar por las tres rejas lo que vas a contarme?

- ¿Las tres rejas? -preguntó su discípulo-

- Sí. La primera es la verdad. ¿Estás seguro que lo que quieres decirme es absolutamente cierto?

- No. Lo oí comentar a unos vecinos...

-Al menos lo habrás hecho pasar por la segunda reja, que es la bondad... Eso que deseas decirme, ¿es bueno para alguien?

- No, en realidad, no. Al contrario...

- ¡Ah, vaya!... La última reja es la necesidad. ¿Es necesario hacerme saber eso que tanto te

inquieta?

- A decir verdad, no.

- Entonces. -dijo el Maestro sonriendo- si no es verdad, ni bueno, ni necesario, sepultémoslo en el olvido.

XIII - CONFERENCIA ILUMINADA

El cuento empieza cuando un Maestro llega a un pequeño pueblo en algún lugar de Medio Oriente. Era la primera vez que estaba en ese pueblo y una multitud se había reunido en un auditorio para escucharlo. El Maestro, que en verdad no sabía qué decir, se propuso improvisar algo. Entró muy seguro y se paró frente a la gente. Abrió las manos y dijo:

- Supongo que si ustedes están aquí, ya sabrán qué es lo que yo tengo para decirles.

La gente dijo: - No... ¿Qué es lo que tienes para decirnos? No lo sabemos. ¡Háblanos!

El Maestro contestó: - Si ustedes vinieron hasta aquí sin saber qué es lo que yo vengo a decirles, entonces no están preparados para escucharlo.

Dicho esto, se levantó y se fue.

La gente se quedó sorprendida. Habría sido un fracaso total si no fuera porque uno de los presentes, mientras el Maestro se alejaba, dijo en voz alta: - ¡Qué inteligente!. Y como siempre sucede, cuando uno no entiende nada y otro dice "¡qué inteligente!", para no sentirse un tonto uno repite: "sí, claro, qué inteligente". Y entonces, todos empezaron a repetir: - ¡Qué inteligente!.

Hasta que uno añadió: - Sí, qué inteligente, pero... qué breve. Y otro agregó: - Tiene la brevedad y la síntesis de los sabios. ¿Cómo nosotros vamos a venir acá sin siquiera saber qué venimos a escuchar? Qué tontos que hemos sido. Hemos perdido una oportunidad maravillosa. Qué iluminación, qué sabiduría. Vamos a pedirle a este hombre que dé una segunda conferencia.

Entonces fueron a ver al Maestro, aludiendo que su conocimiento era demasiado para reunirlo en una sola conferencia. El Maestro dijo que no, que de ninguna manera, que su conocimiento apenas alcanzaba para una conferencia y que jamás podría dar dos. La gente dijo: - ¡Qué humilde! E insistió en que querían escucharlo una vez más, hasta que finalmente, después de mucho empeño, el Maestro accedió.

Al día siguiente, el supuesto iluminado regresó al lugar de reunión, donde había más gente aún, se paró frente al público e insistió en su técnica:

- Supongo que ustedes ya sabrán qué he venido a decirles.

La gente, cuidando de no ofender al Maestro con la infantil respuesta de la anterior conferencia, dijo:

- Sí, claro, por supuesto que lo sabemos. Por eso hemos venido.

El Maestro bajó entonces la cabeza y añadió:

-Bueno, si todos ya saben qué es lo que vengo a decirles, yo no veo la necesidad de repetirlo.

Se levantó y se volvió a ir.

La gente volvió a quedar estupefacta. Hasta que alguien, otro alguien, gritó: - *¡Brillante!*, tras lo cual el resto comenzó a decir:

-¡Sí, claro, este es el complemento de la sabiduría de la conferencia de ayer! - ¡Qué maravilloso! - ¡Qué espectacular! Y enseguida se oyó: -

¡Queremos más, queremos escucharlo más. Queremos que este hombre nos dé más de su sabiduría!

De manera que una delegación de los notables fue a verlo para pedirle que diera una tercera y definitiva conferencia. A pesar de la negativa del Maestro, la gente le imploró, le suplicó, le pidió una y otra vez, hasta que aquella persistencia lo persuadió y, finalmente, aceptó.

Por tercera vez, se paró frente al público, que ya era multitudes, y les dijo:

- Supongo que ustedes ya sabrán qué he venido yo a decirles.

Esta vez, la gente se había puesto de acuerdo: sólo el intendente del pueblo contestaría.

El hombre, desde la primera fila, dijo: - Algunos sí y otros no...

En ese momento, un largo silencio estremeció al auditorio. Todos siguieron al Maestro con la mirada. Entonces, el Maestro respondió:

- En ese caso, los que saben... cuéntenle a los que no saben.

Y nuevamente se levantó y se fue.

XIV - REFLEJO DE LA VIDA

Había una vez un anciano que pasaba los días sentado junto a un pozo a la entrada del pueblo.

Un día, un joven se le acercó y le preguntó:

"Yo nunca he venido por estos lugares, ¿Cómo son los habitantes de esta ciudad?"

El anciano le respondió con otra pregunta: "¿Cómo eran los habitantes de la ciudad de la que vienes?"

"Egoístas y malvados, por eso me he sentido contento de haber salido de allá"

"Así son los habitantes de esta ciudad", le respondió el anciano.

Un poco después, otro joven se acercó al anciano y le hizo la misma pregunta: "Voy llegando a este lugar, ¿Cómo son los habitantes de esta ciudad?"

El anciano, de nuevo, le contestó con la misma pregunta: "¿Cómo eran los habitantes de la ciudad de donde vienes?"

"Eran buenos, generosos, hospitalarios, honestos, trabajadores. Tenía tantos amigos, que me ha costado mucho separarme de ellos"

"También los habitantes de esta ciudad son así", respondió el anciano.

Un hombre que había llevado a sus animales a tomar agua al pozo y que había escuchado la conversación, en cuanto el joven se alejó le dijo al anciano: "¿Cómo puedes dar dos respuestas completamente diferentes a la misma pregunta hecha por dos personas?"

"Mira" - le respondió - "Cada uno lleva el universo en su corazón. Quién no ha encontrado nada bueno en su pasado, tampoco lo encontrará aquí. En cambio, aquel que tenía amigos en su ciudad, encontrará también aquí amigos leales y fieles. Porque las personas son lo que encuentran en sí mismas, encuentran siempre lo que esperan encontrar".

XV - LOS 37 CLAVOS

Esta es la historia de un muchachito que tenía muy mal carácter.

Su padre le dio una bolsa de clavos y le dijo que cada vez que perdiera la paciencia, debería clavar un clavo detrás de la puerta.

El primer día, el muchacho clavó 37 clavos detrás de la puerta.

Las semanas que siguieron, a medida que el aprendía a controlar su genio, clavaba cada vez menos clavos detrás de la puerta.

Descubrió que era más fácil controlar su genio que clavar clavos detrás de la puerta. Llegó el día en que pudo controlar su carácter durante todo el día.

Después de informar a su padre, éste le sugirió que retirara un clavo cada día que lograra controlar su carácter. Los días pasaron y el joven pudo finalmente anunciar a su padre que no quedaban más clavos para retirar de la puerta.

Su padre lo tomó de la mano y lo llevó hasta la puerta. Le dijo: "has trabajado duro, hijo mío, pero mira todos esos hoyos en la puerta. Nunca más será la misma. Cada vez que tú pierdes la paciencia, dejas cicatrices exactamente como las que aquí ves."

Tú puedes insultar a alguien y retirar lo dicho, pero del modo como se lo digas lo devastará, y la cicatriz perdurará para siempre.

XVI - EL OTRO LADO

Cierto día iban caminando por el campo Raví Najmán y su discípulo mas antiguo.

Al llegar a la sombra de un árbol, el discípulo dice:

- Maestro, hábleme de la *sitrá ahará*.¹¹

Raví Nahmán explicó lo siguiente:

Es sabido que la *sitrá ahará*, el “otro lado”, es decir, el mal, rodea a la santidad. En particular una persona a quien el pecado arrastra va arrastrada tras la *sitrá ahará*, en ella esta su lugar, y el mal la rodea de todos los costados. Cuando su espíritu revive y quiere arrepentirse encuentra muy difícil orar y hablar a Dios; sus palabras y plegarias son incapaces de atravesar las barreras y pantallas que lo envuelven y elevarse. Se demoran de este lado de la barrera.

Pero cuando se arrepiente de verdad, sus palabras iluminadas rompen a través de las barreras y llevan consigo todos sus anteriores esfuerzos por hablar y rogar, que también habían quedado atrás hasta entonces. ¿Cómo se hace uno digno de la capacidad de obrar así?

Lo esencial es la veracidad, pues todo de la verdad depende, y se debe seguir la verdad según el nivel en que uno está.

El sello de Dios es la verdad.

XVII - EL DIAMANTE PERDIDO

Érase una vez un hombre pobre que se ganaba la vida excavando arcilla para venderla, encontró en ella una piedra preciosa. Evaluada por un experto, se le dijo que era demasiado valiosa para que nadie en el país la comprara, de modo que debía viajar a Londres para su venta.

El pobre hombre escasos de fondos, vendió todo lo que tenía y fue recolectando dinero de puerta en puerta hasta reunir bastante para viajar al puerto de mar mas próximo. Allí quiso embarcarse, pero no tenía dinero para pagar el pasaje, de modo que acudio al capitán y le mostró el diamante.

El capitán dijo: “Debes de ser sin duda un hombre importante”. Inmediatamente lo llevo a bordo con todos los honores. Se le dio un camarote de primera clase con todos los lujos pertinentes.

Durante el viaje sacaba el diamante una y otra vez para admirarlo, en especial a la hora de las comidas, que consumía a solas en su camarote.

¹¹ Literalmente, el otro lado. El lado oscuro.

En una ocasión, mientras comía, puso el diamante sobre la mesa para regalarse en el los ojos, y tras su opíparo banquete, se quedó dormido. El camarero vino entretanto, retiró el mantel cubierto de migas y lo sacudió hacia el mar.

Cuando el hombre despertó y comprendió lo que había ocurrido estuvo a punto de perder la razón. ¿Qué podía hacer? El capitán era un pájaro de cuentas que no vacilaría un momento en darle muerte si descubría que no disponía ni aun del precio del pasaje. Decidió que el único recurso era hacer ver que nada había pasado y mantener un semblante.

La próxima vez que el capitán vino a visitarlo en su camarote, el sonrió, se mostró feliz, y el capitán no advirtió diferencia alguna. Y de pronto le dijo:

“Se que eres un hombre recto y sabio, y quisiera que me ayudaras. Mira, yo querría comprar grano en unos de los puertos de recalada y revenderlo con gran ganancia en Londres. Como soy el capitán del barco, no debería hacer transacciones comerciales, de modo que registraría el negocio a nombre tuyo. Naturalmente, te pagaría por tu ayuda”.

El pasajero aceptó la propuesta, y el capitán adquirió la mercadería.

Cuando el barco atracó en el puerto de Londres, el capitán murió de un ataque súbito y el pasajero se encontró con una fortuna en especias mucho mayor de la que el diamante le hubiese procurado.

XVIII – SUSTENTO DIVINO

Era un pequeño pueblo perdido entre las montañas, sus casas eran bajas y en su mayoría estaban construidas de piedra y madera, en una de ellas se encontraba un anciano sabio en estado contemplativo. De pronto fue interrumpido por un hombre que, abriendo la puerta de golpe, le dice: “Por favor Maestro, tiene que ayudarme, necesito trabajo”.

¿Estas seguro que necesitas trabajo? Preguntó el Maestro.

- Si, si, necesito trabajo.

- Muy bien, dijo el maestro, “Toma esa piedra grande de allí afuera y hazla rodar cuesta arriba hasta la cima mas próxima, luego déjala correr hacia abajo y vuelve a rodarla hasta arriba. Si lo que necesitas es trabajo con eso será suficiente”.

- Pero Maestro, usted no me entiende, lo que necesito en realidad es dinero.

- Ah, bueno, contestó el anciano, si lo que necesitas es dinero aquí tienes una moneda de plata, pero con una condición, no puedes gastarla, porque si en realidad lo que necesitas es dinero, bueno, ya lo tienes, tu necesidad está satisfecha, no tienes porque deshacerte de el.

El hombre siguió insistiendo: “No Maestro, no, sigue sin entenderme, lo que necesito tener realmente es comida”

Está bien, dijo el maestro, “si estas seguro de que eso es todo lo que quieres tener, puedes gastar el dinero en comida pero no podrás comerte la comida, solo tenla”

-Bueno, bueno, dijo el hombre dándose por vencido, “dígame usted que es lo que necesito realmente”

- “Lo que necesitas en realidad es una sensación de seguridad, paz y satisfacción interior y todo ello ya lo tienes otorgado por Gracia de Dios, solo tienes que hallar en tu interior ese Sustento Divino y se manifestará en tu vida de la forma que requieras.

XIX - CONTRA EL ORGULLO

Cuando el dirigente hasidí Raví Shmelke fue a Nikolsburg para aceptar la designación de rabino de la ciudad, todos los habitantes acudieron a saludarlo. El Raví les pidió que le permitieran una hora en privado antes de la recepción oficial y se le condujo a una habitación.

Uno de los habitantes mas curiosos quiso descubrir que haría el nuevo rabino a solas durante esa hora, de modo que se mantuvo oculto, junto a la puerta, escuchando lo que ocurría dentro.

Para su profunda sorpresa oyó al Raví repetir para si una y otra vez: ¡Hola! ¿Qué tal rabino de Nikolsburg?; ¿Cómo te va sabio Raví y Maestro? Y otros saludos semejantes.

Cuando Raví Shmelke, al cabo de la hora, dejo su habitación privada, el hombre no pudo evitar preguntarle a que venían esas expresiones.

El Raví respondió: “Temía que cuando la gente me saludara en la recepción sintiera yo orgullo ante el respeto que me mostraran. así que me estuve dirigiendo repetidamente a mi mismo esos títulos honoríficos hasta comprender cuan ridículos son”.

XX - MOISÉS Y LAS LETRAS

Cuando Moisés subió al cielo para recibir la Biblia, encontró al Santísimo sentado, añadiendo coronitas sobre las letras de la Toráh.¹²

Moisés le dijo: Señor del Universo, ¿Por qué hace falta agregar esas coronitas en las letras?

Dios respondió: Al cabo de varias generaciones habrá un hombre llamado Aquiva Ben Yosef, que interpretará cada uno de estos pequeños ornamentos y aprenderá de ellos muchos preceptos.

Moisés le dijo: Señor del Universo, muéstramelo.

¹² Los 5 libros de Moisés o Pentateuco.

Muévete hacia atrás, dijo Dios.

Moisés apareció sentado al fondo de la clase de Raví Aquiva, y al no entender lo que allí se enseñaba su espíritu se deprimió.

Al llegar a cierto punto de la clase, los discípulos del Raví Aquiva le preguntaron:

Raví ¿Cómo es que sabes lo que nos explicas sobre las letras?

A lo cual Raví Aquiva respondió: Esta es una tradición que se remonta a Moisés cuando estuvo en el Sinaí.

Al oír eso, el espíritu de Moisés revivió.

XXI - EL SIGNO

El santo Arí dijo a Raví Moisés Alshej, quien mucho anhelaba estudiar la Kabaláh, que su alma no había entrado en el mundo para eso, sino que ella, en una existencia anterior, había aprendido ya suficiente sabiduría teosófica.

Pero Raví Moisés insistió tanto que el Arí le dijo: Te daré un signo. Mañana ve al lugar por donde yo y mi círculo de místicos pasamos siempre al ir a dar la bienvenida al Sábado. Si nos ves pasar por el camino, sabe que no hago sino poner a prueba tu perseverancia. Pero si no nos ves, ten por cierto que tu alma no ha entrado en este mundo para estudiar sabiduría kabalística.

Cuando Raví Moisés oyó esto, le pareció muy buena idea. Así, el Viernes, alrededor del mediodía vistió sus ropas sabatinas y fue a sentarse al costado del camino para aguardar el paso del Arí y sus colegas.

Permaneció pacientemente aguardando, pero precisamente en el momento indicado, cayó en profundo sueño.

El Arí y sus compañeros pasaron de largo, y él no los vio.

Cuando el grupo del Arí volvía, éste dijo a sus discípulos que despertasen al durmiente, pues el sol ya se había puesto.

Raví Moisés se levantó lleno de confusión y dijo: ¿Qué he hecho? Todo el día estuve aguardando y mirando, y en el momento decisivo vengo a dormirme.

Bibliografía

Unterman, Alan. “La sabiduría de los místicos judíos”. Lidium. Buenos Aires, 1981.

Buber, Martin. Cuentos Jasídicos (4 tomos). Paidós. Buenos Aires, 1978.

Dubnow, Simón. Historia del Jasidismo (2 tomos). Sigal. Buenos Aires, 1977.

Ensayos sobre la crisis de nuestro tiempo. Colección Raíces. Buenos Aires, 1988.

Dyer, Wayne. “Tus zonas mágicas”. Grijalbo. Barcelona, 1992.

Internet: [www.members.fortunecity.com](http://www.members fortunecity.com)

www.ciudadfutura.com

www.geocities.com

www.kehot.com

אני אירך